

El gremio de plateros y las fiestas inmaculistas

Francisco Vidargas

*...cosas de nuestra gran Reina:
que no sé qué se tiene el que en tratando
de María Santísima se enciende
el corazón más helado.*

Sor Juana Inés de la Cruz

Litúrgicamente la fiesta de la Purísima fue una de las más importantes en España y sus territorios en el Nuevo Mundo, conmemorándose cada año con espectaculares actos públicos. Queremos destacar uno de los festejos, llevado a cabo en el siglo XVII, porque involucró directamente a uno de los gremios productivos más importantes de México, los plateros, quienes desde el siglo anterior ya contaban con sus correspondientes ordenanzas que regulaban, tanto los mecanismos de ingreso y capacitación de aprendices, oficiales, ensayadores mayores y marcadores,

como “los requisitos para el ejercicio profesional en tienda pública”, además de la relación “con las instituciones municipales (maestro mayor, veedores, alarifes, aranceles, etcétera)”.¹ Las actividades se llevaron a cabo en 1618 y sabemos de ellas gracias a un invaluable documento para la historia social y artística de la ciudad de México conservado en el Archivo General de la Nación.²

Pero antes de revisar el documento recordemos el destacado lugar que ocupa la virgen María en la doctrina de la Iglesia y en el pueblo católico, puesto que encarna la mayor imagen de pureza, y son sus dos elementos de santidad la castidad y el amor, reflejados en el misterio de su purísima concepción.

Si bien el dogma³ de la Inmaculada Concepción no fue reconocido por el gobierno eclesiástico sino hasta el siglo XIX, la historia de su devoción y doctrina se remonta al siglo VIII. En aquel momento, anterior al Concilio de Éfeso (431 d.C.), la tradición religiosa consideraba a María inocente y santa, como la antítesis de Eva, símbolo de concupiscencia y de pecado. Así, la teología católica, siguiendo al pie de la letra el texto del Antiguo Testamento, en el

Francisco Vidargas (ciudad de México, 1963). Investigador y crítico de arte, ha publicado *Frontera de lo irremediable / El patrimonio cultural en circunstancia* (1994) y *Carlos de Sigüenza y Góngora y San Juan de Ulúa* (1997); en coautoría, *México y Cuzco, ciudades hermanas* (1988), *San Agustín de Acolman* (1990), *Diego Rivera en Veracruz* (1997) y *El paisaje veracruzano* (1998). Fue articulista de *La Jornada* y *El País*. Se ha desempeñado como coordinador operativo de la Comisión Nacional para la Preservación del Patrimonio Cultural (1990-1991), director de Patrimonio Cultural y de la Pinacoteca “Diego Rivera” (1998-2001) y subdirector de la Red Nacional de Festivales (2001-2002). Actualmente dirige el Centro Cultural “Ignacio Ramírez (*El Nigromante*)”, en San Miguel de Allende, Guanajuato.

¹ Ramón Gutiérrez, “Los gremios y academias en la producción del arte colonial”, en Ramón Gutiérrez (coordinador), *Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica, 1500-1825*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, p. 27.

² Ramo Inquisición, tomo 485, Archivo General de la Nación.

³ Verdad “revelada por Dios” y propuesta como tal por el magisterio de la Iglesia, basándose en antiguas y continuadas prácticas llevadas a cabo desde tiempos apostólicos.

cual Yahvé Dios maldice a la serpiente,⁴ convirtió a María en la “segunda Eva”, es decir, la mujer que vino a destruir la obra del demonio, reparando el daño cometido por su antecesora.

A partir de la mencionada asamblea de obispos se fue proclamando más explícitamente la pureza perfecta de María, libre de pecado original, a través de los *Evangelis canonicos*.

La sesión VII del Concilio Ecuménico de Nicea (787 d.C.) definió en cuanto al culto a las imágenes sacras, entre ellas la Inmaculada, que

...siguiendo el magisterio divinamente inspirado de nuestros santos padres y la tradición de la Iglesia Católica... definimos con toda certeza y diligencia que deben proponerse a la veneración de los fieles, no sólo la preciosa y vivificante cruz, sino también las venerables y santas imágenes, ya sean pintadas o en mosaico o en cualquier otra materia; ya sean convenientemente representadas en las santas iglesias de Dios, en los vasos y vestidos sagrados, en las paredes y en los cuadros, en las casas y en los caminos; ya sean imágenes del señor Dios y salvador nuestro Jesucristo, ya de la *inmaculada* señora nuestra, la madre de Dios... Porque cuanto más frecuentemente son representados con imágenes, tanto más vivamente los que las contemplan se sienten movidos al recuerdo, al afecto, al ósculo y a tributarles una adoración de honor...

Y concluye el documento señalando que

...la honra dada a la imagen, efectivamente, pasa al prototipo, y quien adora la imagen adora en ella a la persona representada...⁵

La primera definición dogmática de la Inmaculada, llevada a cabo por Pío IX, tuvo sus orígenes en la Inglaterra del siglo XI, impulsada por san Anselmo, arzobispo de Canterbury (ca. 1093), y defendida también por el monje

inglés Eadmer mediante su tratado *De contione Beatae Virginis Mariae*. Sin embargo, tal precepto fue pronto duramente cuestionado por teólogos como san Bernardo de Claveral a través de estudios y misivas desaprobatorios.

Desde el siglo XIII los teólogos españoles escribieron en apoyo al culto inmaculista, destacando el franciscano fray Francisco Eximenis, cantor de las excelencias de María, y el agustino Tomás de Villanueva, autor de un comentario al *Cantar de los cantares*, donde revisa el origen bíblico de la imagen mariana. Pero la polémica prosiguió, motivando fuertes discusiones entre los teólogos, los concilios y las universidades, y derivando en una tenaz “lucha intelectual y religiosa que capitanearon los dominicos, guiados por la razón, frente a los franciscanos, movidos por el sentimiento”.⁶

A causa de tales discusiones fue hasta el siglo XV que el papa Sixto IV, con el apoyo pleno de los religiosos de la orden de San Francisco (encabezados por el teólogo Duns Escoto), aprovechando la creciente devoción a la Purísima, impuso su fiesta en Roma el año 1476 y promovió su culto en el orbe católico, introduciendo en la liturgia la palabra *inmaculata*.

Tres años más tarde se permitió la elaboración de imágenes inmaculistas y su difusión como “artículos de fe y motivo de devoción”⁷ en el orbe católico. Pese a las batallas ideológicas que se libraban en Europa en cuanto a la conveniencia del uso o no de ellas, las órdenes religiosas llegadas al Nuevo Mundo las emplearon rápidamente en su labor evangelizadora.

Entrado el siglo XVII, en 1615, el pontífice Pío V se manifestó en favor de la pureza de María, motivando en la Nueva España que el gremio de plateros regalara a la Catedral una imagen de la virgen Inmaculada en plata, labrada por Luis de Vargas (conservada hasta 1847). Asimismo se llevaron a cabo fiestas y certámenes poéticos, junto a la edificación de notables ejemplos de arquitectura efímera, como altares y un arco triunfal. De ello da cuenta el texto que nos incumbe, titulado *Breve relación de*

⁴ Génesis, 3, 15, en *Sagrada Biblia*, versión directa de las lenguas originales por Eino Nacar Fuster y Alberto Colunga Cueto, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 38ª ed., 1978, p. 6.

⁵ Concilio Niceo, sesión VII, en Juan Plazaola, *El arte sacro actual / Estudio, panorama, documentos*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1965, p. 543.

⁶ Santiago Sebastián, “Tipología mariana”, en *El barroco iberoamericano / Mensaje iconográfico*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1990, p. 142.

⁷ Mina Ramírez Montes, “Los santos y su devoción en la Nueva España”, en *Universidad de México*, Universidad Nacional Autónoma de México, núm. 514, México, noviembre de 1993, p. 13.

*las fiestas que los artífices plateros vecinos de México celebraron a la purísima virgen María el día de su Inmaculada Concepción / Año de 1618.*⁸

Por su parte, tanto el arzobispo como el virrey determinaron que las celebraciones de la Inmaculada se llevaran a cabo en el mes de diciembre: “fiestas de tres días de toros y el primero con juego de cañas”, tablados y máscaras. Y públicamente las autoridades de la nobilísima ciudad capital juraron solemnemente “guardar y defender y creer lo decretado por su santidad”.⁹

Como parte de las festividades inmaculistas se llevaron a cabo a lo largo del periodo virreinal grandes procesiones que salían regularmente de la Iglesia Mayor, proseguían por la calle de San Francisco, avanzaban “hasta entrar por la puerta principal de su convento para salir por la calle de Las Descalzas hacia la de Tacuba, para así volver a entrar en la Iglesia Mayor por la Puerta del Perdón”.¹⁰

En verdad eran fastuosos los festejos procesionales, donde la ciudad se vestía acorde con la ocasión, ya que en las “grandes alegrías”

...las calles se llenaban de colgaduras, de tapices y de arcos florales; los altares efímeros se multiplicaban al paso del cortejo y expelían olores de aromáticos licores que se requemaban en cazolejas de barro; el ambiente se llenaba de un estruendoso barullo de clarines, tamborillos, coros de niños, gritos desde los tejados y balcones, salvas y estruendos producidos por cohetes. Acompañada por gigantes, cabezudos, carros alegóricos y *tarascas* [dragones de cartón que representaban la idolatría], la imagen hacía su recorrido visitando varias iglesias de la ciudad, sobre todo las de religiosas, bajo una lluvia de flores; iba flanqueada por una escolta militar y seguida por las autoridades civiles y eclesiásticas, las órdenes religiosas masculinas, los gremios, las cofradías

y las demás corporaciones, todos formados de acuerdo con estricto orden protocolario según sus preeminencias.

[...]

La llegada a la Catedral culminaba la procesión, pero no terminaba con los festejos, que, entre misas y sermones, comilonas y bailes, duraban varios días e iluminaban varias noches con las luces de los fuegos pirotécnicos.¹¹

Los festejos públicos, fueran paganos o religiosos, involucraban a la mayor parte de la población, a semejanza de las ciudades españolas. Por igual convivían y participaban los clérigos, las órdenes religiosas, los funcionarios públicos, la burguesía, los artistas, los artesanos y la sociedad toda, bien como actores directos, bien como simples espectadores, todos “gozosos en la alegría colectiva”.¹² Eran días en los que la capital mexicana, gracias a las obras de embellecimiento para la ocasión, al igual que Sevilla, Córdoba, Madrid y Valladolid, se volvía un lugar simbólico, emblemático e imaginativo, permitiendo olvidar por breve tiempo el cotidiano paisaje urbano.

Pero volvamos al documento que nos interesa en esta ocasión, publicado en 1619 por el bachiller Juan Blanco de Alcázar, tras la declaración de Pío V sobre la pureza de María, y que da cuenta de los festejos patrocinados por el gremio de plateros, incluyendo múltiples y regios altares, además de dilatados certámenes poéticos.

Apegándonos al texto novohispano, el arco triunfal ubicado frente a la iglesia de San Francisco (hoy Eje Central Lázaro Cárdenas y Francisco I. Madero, antiguamente Plateros) era “de treinta varas de altura con dos cuerpos jaspeados de colores varios; guardando en el primer cuerpo orden dórico, formó con ocho columnas un pórtico de tres claros, excediendo en la tercia parte de diámetro”. Tanto el intercolumnio como los pedestales contaban con atributos que representaban “la concepción pura de la virgen”. El segundo cuerpo “era de orden jónico, revestidas sus columnas, que eran cuatro de follajes y brutescos; en su

⁸ Reproducido parcialmente por Guillermo Tovar y de Teresa, *Bibliografía novohispana de arte / Primera parte / Impresos mexicanos relativos al arte de los siglos XVI y XVII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, pp. 54-57.

⁹ Archivo Histórico del Ayuntamiento de la Ciudad de México, 1618, 361-A, citado por María de los Ángeles Sobrino F., “Entre la especulación y el obrar: la función de la emblemática mariana”, en Jaime Cuadriello et al., *Juegos de ingenio y agudeza / La pintura emblemática de la Nueva España*, Museo Nacional de Arte, México, 1994, p. 194.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Antonio Rubial García, “Introducción”, en Francisco de Florencia y Juan Antonio de Oviedo, *Zodiaco mariano*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, pp. 23 y 24.

¹² Antonio Bonet Correa, “La fiesta barroca como práctica del poder”, en *Fiesta, poder y arquitectura / Aproximaciones al barroco español*, Akal, Madrid, 1990, p. 30.

comedio parecía un altar de dos haces con el glorioso san Eloy, patrón de los plateros”.¹³

Desde el templo de la Compañía de Jesús (o sea, La Pro-fesa, en las ahora calles de Madero e Isabel la Católica) hasta el majestuoso convento franciscano se levantaron innumerables altares “tan ricos como devotos”, destacando uno “con mucha hermosura”, adornado con “seis pilastras de terciopelo, artesonadas de láminas y espejos diamantados”. Otro se alzaba con un lienzo representando la concepción de María, “de tal pincel que pudiera poner envidia a Apeles”. Y uno más ostentaba doce frontales de plata.¹⁴

En cuanto a las portadas elaboradas, vale la pena leer con más detenimiento el opúsculo que destaca

...una de orden corintio, revestida de hojas de laurel y flores, guardando con tanto rigor la arquitectura que desde los roleos de su frontispicio a las basas no alteraba cosa que no fuese muy puesta en arte. La segunda joya ganó una portada de papel, cortado sobre encarnado raso, sujeta su disposición al dibujo, de manera que, a estar ejecutada en mejor materia, sin duda ninguna fuera lo mejor de esta fiesta. Otras portadas de exquisitas y costosas arquitecturas se vieron con mucho primor de compostura que llegaron a treinta las mejores, cuya forma y traza se pueden comprender debajo del nombre de composita.¹⁵

La decoración exterior de las calles o *colgaduras* mostraron el fervor inmaculista de la capital novohispana, destacando

...lo que dio mayor honor a los profesores de la platería... cien retratos de plateros insignes, entre los cuales había dos reyes de España, dos príncipes, dos virreyes, dos emperadores de Alemania, dos archiduques de Austria, dos cardenales, dos obispos, dos ángeles y... el mismo Dios hecho platero en la concepción de la virgen.¹⁶

Y concluye el escrito señalando que

...de este modo dieron vuelta los famosos plateros a las principales calles de la ciudad y nobles casas de cabildo, palacio,



▼ Fotografía de Ignacio Osorio Pedrero

Universidad, arzobispado, Inquisición, marqués de Villamayor, marqués del Valle y conde de Santiago.¹⁷

Relación apegada, como todas las de la época, a las pretensiones de exhaustiva exaltación, develando “hasta el más mínimo detalle en los hechos y celebraciones”,¹⁸ es fuente indispensable para el estudio, tanto de las fiestas ciudadinas, como de la arquitectura perecedera, que en su momento abría nuevas pautas en el arte, sin olvidar, claro, la destacada participación del gremio de plateros y su importancia en el ámbito novohispano.

Paralelamente, en su ámbito laboral, los diversos talleres de platería localizados en la ciudad de México, al igual que los situados en otras regiones, como Puebla, Mérida,

¹³ Guillermo Tovar y de Teresa, *op. cit.*, p. 55.

¹⁴ *Ibid.*, p. 55.

¹⁵ *Ibid.*, pp. 55 y 57.

¹⁶ *Ibid.*, p. 57.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Antonio Bonet Correa, *op. cit.*, p. 8.

Pachuca, Querétaro, Zacatecas y Oaxaca, se abocaron, gracias a encargos del clero y la sociedad, a la exaltación de la Inmaculada Concepción mediante la manufactura de un sinnúmero de cálices, custodias, cruces, atriles, portapaz, limosneros y frontales, en los que emplearon “soluciones artísticas e incluso combinaciones de materiales” propios de cada lugar, dando pie a nuevas propuestas estilísticas, en un principio manieristas y más tarde decididamente barrocas.¹⁹

El rey Felipe IV prosiguió en España los esfuerzos para dar a entender el privilegio inmaculista, obteniendo del papa Alejandro VII la bula *Solicitudo omnium ecclesiarum* (1661), que permitió la institución obligatoria del *precepto* de su fiesta: “el alma de María, en el primer instante de su creación e infusión en el cuerpo, fue, por gracia especial de Dios y en virtud de los méritos de Jesucristo redentor del género humano, preservada inmune del pecado original”. Esto fue logrado por el monarca antes de que la propia Iglesia oficializara su culto, por lo que en el mundo iberoamericano continuó todavía por largo tiempo la tenaz oposición de los dominicos y otros teólogos racionalistas, seguidores del pensamiento de Tomás de Aquino y su *Suma teológica*.

Sin embargo, cada vez fueron más los pensadores que se unieron al fervor concepcionista, destacando sor Juana Inés de la Cruz, quien, no sólo a través de su voto devocional de ingreso al convento de San Jerónimo,²⁰ sino también de otros escritos (entre ellos glosas y villancicos), aprovechó el canon establecido por la devoción mariana y presentó a la virgen “como el ser por excelencia, no sobrepasado por ningún otro,” puesto que “María no es Dios, pero es / quien más a Dios se parece”.²¹

Clemente XI fue quien en 1708 elevó a fiesta de precepto la plenitud de gracia de María; desde entonces el fervor aumentó en tal forma que en 1760 fue declarada la Inmaculada Concepción patrona de España y de sus reinos, propagándose ampliamente la devoción a lo largo del país. En los siguientes años pasó a ser patrona de la Nueva España; Carlos III decretó (30 de enero de 1762) que “en conformidad de la real cédula se celebre el Patronato de Nuestra Señora de la Concepción y corra la noble ciudad con todo”.²²

Finalmente el 8 de diciembre de 1854 (basado en la definición de san Agustín, que estableció la fecha), tras once siglos de proclamaciones y polémicas marianas, el papa Pío IX promulgó la *Bula ineffabilis Deus*, que preconizó la definición dogmática de la Inmaculada, privilegio por el cual solamente la virgen María, de entre los descendientes de Adán y Eva, se había preservado de toda mancha del pecado original desde el instante mismo de su concepción.

La devoción a la Inmaculada dio inicio poco tiempo después del descubrimiento de América, difundiéndose a la par de la evangelización, y su fiesta litúrgica fue —como lo hemos visto— una de las más importantes a lo largo de los virreinos, desde Nueva España hasta Perú.

La sociedad mexicana “no sólo vivió con plenitud la cultura hispánica —la religión y el arte, la moral y los usos, los mitos y los ritos— sino que la adaptó con gran originalidad a las condiciones del suelo americano y la modificó sustancialmente”.²³ Parte de esa asimilación se debió sin duda alguna a uno de los gremios mineros más importantes de la Nueva España, el de los plateros. El México virreinal, su historia y cultura, deben mucho a la activa función de ellos en los ámbitos laboral, social, religioso y artístico.



¹⁹ Cristina Esteras Martín, “Aproximaciones a la platería virreinal hispanoamericana”, en Ramón Gutiérrez, *op. cit.*, pp. 377-403.

²⁰ “Docta explicación del misterio y voto que hizo de defender la Purísima Concepción de Nuestra Señora la madre Juana Inés de la Cruz” (1694), en sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas del Fénix de México, décima musa, poetisa americana, sor Juana Inés de la Cruz...*, Imprenta de Manuel Ruiz de Murga, Madrid, 1700.

²¹ Georgina Sabat de Rivers, “Ejercicios de la encarnación: sobre la imagen de María y la decisión final de sor Juana”, en *Literatura Mexicana*, Universidad Nacional Autónoma de México, vol. I, núm. 2, México, 1990, pp. 356 y 357.

²² Martha Fernández, “Inmaculada Concepción”, en Elisa Vargaslugo et al., *Juan Correa / Su vida y su obra / Repertorio pictórico*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994, t. IV, primera parte, p. 62.

²³ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Seix Barral, Barcelona, 1982, p. 68.